

Segunda Edición

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Ciudad en el alba

MANUEL BLANCO





Nuestro abuelo Posada	283
Pequeño hombre grande	284
Las muertes de Aurora	285
No te vayas, Juan	287
Luis Spota (1925-1985)	288
Memorias nuestras	291
Mariposa de todos colores, Alicia	292
Demetrio	294

EL TEMBLOR

Las ruinas, la desolación	299
Zona de desastre	300
El abasto	302
La solidaridad	303
Tepito, barrio bravo	305
El barrio tlatelolca	306
Las costureras	307
Queridos hermanos de Guatemala	309
Vergüenza debías tener, Octavio	310
Perros de rescate	312
Una veladora, un canto y una flor	313
El corrido del terremoto	315
Cristina y el desastre	316
Las aves tlatelolcas	318
Responso por nosotros mismos	319



PRÓLOGO



¿Qué cuántas ruedas tiene un triciclo o cuántas flautas un cilindro? ¿Lleva el pozole verde, estilo Guerrero, huevo cocido, además de sardinas, chicharrón y aguacate? ¿Por qué los bailadores de danzón se detienen aunque la música siga? ¿Hay algo de cierto en aquello de la "suerte de perro" para referirse a la mala suerte propia? ¿Alguien sabe cuántas clases de pan de dulce pueden producirse en una modesta tahona?

Ni duda cabe que todas éstas son preguntas que se encuentran en el transcurrir de la cotidianidad. Porque la ciudad y su vida no están hechas de los grandes momentos, de las situaciones de excepción materia de los historiadores de libro. El recuento de nuestra propia existencia es, al contrario, la materia viva que reconoce las huellas personales, y su intrincada ramificación la historia de nuestra gran ciudad. Porque así los episodios nacionales adquieren su justa dimensión y se convierten en parte entrañable de la memoria social.

Las interpretaciones de los recuerdos personales y de los colectivos, construidas al paso del tiempo, son el material de la crónica que cada uno hacemos al llevar un diario, participar del mito o contar el suceso. Porque resulta que cronistas somos todos y entonces nuestro primer derecho —¿o deber?— es participar en la construcción de esa memoria. El que goce sus nostalgias que arroje el primer relato.



Y eso hizo Manuel Blanco a lo largo de mil 596 días, recontándonos sus memorias en la *Ciudad en el alba*. Pero también construyéndola paso a paso al tratar el hecho del momento y preocupándose por el futuro de esta megalópolis que odia y ama profundamente.

Nada como asumirse entrañablemente urbano en la dura tarea de amar y odiar al monstruo de los quince millones de ciudadanos en el alba, a la manera como lo hizo ese otro cronista que se llamó Efraín Huerta, o como el compadre José Alfredo, que nos raspa tantito la cubierta en cada desamor para demostrarnos que bajo el traje o los jeans seguimos siendo los campiranos avecindados en el defe por los procesos de acumulación del capital. Por ello en ocasiones su desgarrada forma de apropiarse la vida. De allí mismo procede, de la lectura dolorosa de los libros de Efraín y del ojo y del oído avizor para involucrarse, como buen metiche, el título general de la columna que Manuel publicó entre 1984 y 1989 en *El Nacional*, donde tuvo a su cargo, por largos años, la sección de cultura.

Tal vez por ello tiene un concepto de lo cultural que deliberadamente se pitorrea de los exquisitos para darle su lugar a ese otro mundo, el de la gente del diario. Sus protagonistas forman nuestra propia realidad colectiva: la tira, las canicas y la pelota de trapo; el camotero y la de las garnachas, el son guapachoso de *La Santanera*; en suma, el barrio que muchos creen en retirada y las tercas formas de aferrarse a la vida con sus tristezas y sus alegrías en los tiempos del telece, por ejemplo.

Es por eso que sus lectores sentimos de inmediato la presencia de algo que nos es conocido, algo de lo que ya hemos participado, y en sus textos nos reconocemos y a veces nos indignamos. —¿Pero cómo se le fue a olvidar esto? —Yo lo habría dicho de otra manera. —¡Híjole mano, aquí saliste con tu batea de babas! Y así, columna tras columna, en su lectura re-



creamos nuestras propias vivencias y recontamos nuestra historia. Cerramos un ciclo y abrimos el siguiente.

El presente volumen incluye una selección de ciudades en el alba, tantas como lectores y lecturas puedan tener. Selección caprichosa, como todas, pretende reflejar con apenas algo más de la décima parte la riqueza del mundo que nos platica Manuel Blanco. Allí están el lenguaje, las canciones, los personajes, la cocina, los oficios, la nota roja casera, los muertitos, nuestras tradiciones, los gustos, el temblor.

El lector tiene en sus manos un capítulo de esa otra realidad para que le haga las correcciones, adiciones y tachoneados que quiera. Sólo nos resta invitarlo a pasar a lo barrido en este danzón dedicado a la gran ciudad que nos acompaña.

Salvador Ávila Beltrán



LA COTIDIANIDAD



Cultura callejera



Hace unos años los italianos descubrieron que la cultura no tenía por qué ser para unos cuantos. Más bien fueron los romanos los que llegaron a esa conclusión. Un día las autoridades de Roma tuvieron la ocurrencia de cerrar calles al tránsito de vehículos y armaron espectáculos y jornadas culturales. La respuesta de la gente fue espontánea y masiva.

Con el resultado de que los fines de semana aquello era un pulular de gente. Y no faltaron quienes se espantaran. Como siempre, los reaccionarios, que nunca faltan, lo mismo que los de la empresa privada, juzgaron que aquello era peligroso. Cómo iba a ser que la gente anduviera suelta por las calles escuchando conciertos, leyendo libros, asistiendo a representaciones teatrales, a funciones de danza, a exposiciones de pintura. ¡Cómo!

Un día cambiaron las autoridades municipales. Cambió la política de cultura abierta y callejera. La gente se fue olvidando de toda aquella rica experiencia. La derecha había ganado otra batalla.

Uno piensa en esas cosas y considera que no dejan de tener su importancia. Somos una ciudad con unos cuantos teatros, con muy pocos cines. Los espacios culturales no abundan pero, sobre todo, están muy mal distribuidos. El sur "culto" y pudiente lo tiene todo. El norte prácticamente nada.



Hacia Neza, hacia Tlane, el paisaje es árido y la gente vive hacinada, falta casi todo y, desde luego, recintos culturales. ¿Por qué tiene que ser así?

Nada más que nosotros los chilangos, desde tiempos prehispánicos y desde la Colonia, siempre supimos encontrar la manera de reunirnos y de compartir. Los bailes, las canciones y hasta los poemas los prohibieron muchas veces. La Santa Inquisición no se andaba con juegos.

Nada más que no contaban con la astucia del pueblo pobre. Ni con el ingenio y la voluntad de los verdaderos artistas e intelectuales. ¿No la misma Sor Juana Inés de la Cruz, obligada a vender sus libros, a arrepentirse de haber querido ser escritora, a flagelarse incluso, siguió, pese a los pesares, escribiendo secretamente en su celda del convento jerónimo?

Es que la libertad de expresión y de creación artística no es algo que pueda abolirse por un decreto de la autoridad. Ni por la acción de grupos oscurantistas que quisieran que volviéramos a los siglos coloniales. Antes al contrario, estamos necesitados de abrir muchos nuevos espacios para el arte y la cultura.

II

Así que las canciones y los bailes populares sobrevivieron por mil conductos a lo largo de cinco siglos. A la danza de moros y cristianos la gente le añadió las cadencias y los motivos prehispánicos y en cada región hubo adaptaciones, muchas de las cuales han pervivido. Es que además el pueblo se inventó un larguísimo calendario de festividades religiosas y muchas no eran sino prolongación de sus antiguos ritos, que coincidían con el calendario agrícola o con los distintos cultos a la tierra, al agua y a la renovación cíclica de la vida.



El ejemplo más claro de esto fue el culto a la madre Tonantzin, a la que andando el tiempo se sobrepuso, sin grandes esfuerzos, el culto guadalupano.

Las tarantelas primero y mucho más tarde las contradanzas fueron clasificadas como bailes obscenos y lascivos y, naturalmente, prohibidos. Fue por demás. La gente siguió bailando. Curioso: era una actividad clandestina que todos practicaban.

Pero, ¿no ha sucedido lo mismo con la poesía popular? Los versos picantes e irreverentes del Negrito Poeta (su nombre era José Vasconcelos, homónimo del ministro de Educación que conocemos) andaban de boca en boca, sabidos y repetidos de memoria. Y en el siglo XIX los versos de Antonio Plaza, populares, enjundiosos, atrevidos, no sólo eran recitados en tabernas y pulcatas. También entraban a formar parte usual de la tertulia casera y familiar, por más que la sociedad oficial y "decente" los rechazara públicamente.

Después, sólo el Flaco de Oro, Agustín Lara, ha sido tan popular, tan cantado y reconocido. Cómo no, si nos legó centenares de temas que abarcan prácticamente todos los ritmos, siempre con esa suave cursilería que lo hiciera famoso. Un mundo aparte, pero no ajeno, lo constituye, qué duda cabe, el compadre José Alfredo. Sus canciones continúan calando hasta lo más hondo. Tanto, que hasta la gente bonita, los cultisureros y los pirruris, a la ahora buena de la sinceridad, lo interpretan con lágrimas en los ojos. A poco no.

Es lo mismo que sucede en las fiestas. Que el cumpleaños, que la despedida, que los quince, que el casorio. A veces hasta contratan alguna banda de rock. Y ahí están muchos, salte y salte como espoleados por las chinampinas. Pero a la hora de la verdad la gente se arremolina en la pista improvisada para danzoner, para bailar juntitos y compartir la música y sus temas cancioneros. ¿Pues por qué se cree que *La Santanera* ha per-



manecido en el gusto popular durante treinta años? El vecindario, el viejo barrio, están ahí.



No se sabe qué pensarían los tecnócratas constructores de la nueva Ciudad de México. Quizás soñaron un festín de hierro y concreto sobre los restos de la antigua Ciudad de los Palacios. Pensaron posiblemente en un mundo para la gente elegante: sin chozas ni rincones malolientes. A lo mejor.

Pero en vez de ello no hicieron sino multiplicar el hacinamiento y la miseria. Por eso es que edificaron sus propios reductos, sus fortalezas a prueba de mugre y de caras morenas. En Las Lomas y en el Pedregal se sintieron a sus anchas. Y si concibieron Perisur para abastecerse de artículos suntuarios no podían menos que añadir un *Cultisur* para los elegidos. ¿Cómo vamos a mezclarnos con los feos en un concierto de música o en una función de ballet?, dijeron. A poco los indios van a disfrutar a los pintores de la vanguardia europea, agregaron.

Es posible que algunos chilangos los miraran incrédulos. Que otros se limitaran a encogerse de hombros. Que unos más encendieran el radio para poner la tropicú.

A lo mejor nadie pensó en nada. Y la gente entonces siguió organizando sus tocadas. Una parte de la chamacada se fue a los hoyos fonquis y luego las bandas a los hoyos punk. Los tradicionalistas no salieron de los salones de baile, como *Los Ángeles*, el *California* y el *Colonia*. A los chavos de Iztapalapa y a los de otras zonas les empezó a dar por cerrar las calles los fines de semana y organizar ahí sus tardeadas. Los sonideros se multiplicaron, pues se vio que eran menos costosos que los conjuntos rockeros o soneros, casi siempre de no mucha cali-



dad... Bueno, hasta que llegaron los ahijados de Luzbel para secuestrar sonidos y reprimir a los bailantes.

Luego vino el terremoto y se vio que los vecinos aprovechaban la fiesta y el convite para organizarse mejor. Muchos advirtieron que el diseño urbano los había distanciado y que no tenía por qué ser así. Como por encanto resucitó la festividad de muertos y el *halloween* gringo se fue al puritito cuerno.

No quedó ahí la cosa. Por todas partes empezaron a gestarse ideas. Hubo festividades de danza callejera, luego de música en las calles. Y los espacios se multiplicaron y era sencillamente que la gente estaba recuperando su ciudad.

Y en esas andamos. No falta el sábado en que a media tarde se presente algún libro en cualquier cantina del Centro. A los quioscos de los jardines van los poetas y escritores jóvenes a leer sus obras. Los mimos y los músicos recorren las calles. Pero éste es apenas el comienzo de algo que ha de ser. Es la cultura callejera.

Ulderico y Minerva

En la casona de los años treinta el ambiente siempre es apacible. Como si los días de ajetreo fueran algo remoto. Don Ulderico ha criado cuatro hijos varones que ahora ya son mayores. Y como era lógico esperarlo, cada uno ha ido tomando su propio rumbo; cada uno con su carácter, sus amigos, sus gustos.

Don Ulderico suele descansar en uno de esos antiguos sillones afelpados en donde puede hundirse y dormitar a sus anchas. Indistintamente, pero también de acuerdo a la hora del día o de la tarde, puede leer y releer periódicos, o puede perderse en el mundo de la nada frente al aparato de televisión: 20 pulgadas, control remoto, colores espléndidos y hasta pro-



gramación computarizada; la más reciente de las novedades electrónicas.

A pesar de la ausencia frecuente de los vástagos, don Ulderico no está solo. Las dos sirvientas, que llevan años en la casa, se encargan de escombrar, limpiar alfombras, lavar ventanas, preparar la comida y llevar la ropa a la tintorería. Doña Minerva, que es la esposa de don Ulderico, hace años que no tiene qué hacer. Y se diría que lleva una vida igualmente apacible. Los signos de su vitalidad se expresan en el trapito de franela que siempre lleva entre las manos. A eso se debe que en cualquier sitio de la casa donde se encuentre siempre se le mire afanándose en lustrar algún mueble arrinconado, algún florero que el mundo hace tiempo olvidó.

No obstante, don Ulderico vive en la eterna queja. Considera que sus hijos son unos descarriados y buenos para nada. A ver, ¿en dónde están?, ¿qué hacen? Tuve cuatro varones y no pude formar un solo hombre, dice en todo momento, ora refunfuñón, ora exaltado, mientras aprieta entre los dientes su infaltable puro con el que se encarga de rociar la ceniza sobre la parte superior de su vestimenta. Es un monólogo que se ha incorporado a los ruidos habituales de la casa.

Doña Minerva vaga por la casona sin un rumbo preciso, franelita en mano; de pronto aparece en la sala, de pronto se escuchan sus pisadas por los rumbos de la cocina. Sin perder jamás su semblante apacible y sus ademanes nerviosos aunque tranquilos, murmura para ella misma. Ya no se acuerda este gachupín de cuando era joven, ya no se quiere acordar de las escapadas a Acapulco para divertirse con sus amigos.

En la vieja casona, el tiempo como si no pasara. Afuera, no obstante, la ciudad ha cambiado notablemente. El tiempo transcurre.



El poder de la mente

Ésta es una guía de orientación que definitivamente romperá las cadenas que le tienen atado y no le dejan alcanzar el éxito, el amor y la felicidad deseada.

¿Las envidias y los vicios amenazan acabar con su hogar? ¿Quiere conocer los pensamientos de su novio, esposo o compañero? ¿Desea curarse de algún mal convertido en enfermedad? ¿Tiene usted dificultades en su trabajo, negocio o comercio y no le luce el dinero?

No lo piense más. El profesor Walter Aguilar, experto en telequinesis y telepatía mental, resolverá sus problemas por difíciles que sean.

Alivio pérdidas en negocios, juegos y amor. Retiro vicios y salaciones. Atraigo a su lado y para siempre al ser amado por muy distante que se encuentre. Lo protegemos de sus enemigos y le aseguramos el triunfo total en lo físico, en lo económico, en lo moral y en el amor.

Recuerde que todos los trabajos son tratados con absoluta seriedad y están plenamente garantizados. Venga o suscríbase hoy mismo. Comience una vida nueva.

El señor flaco y chaparrito que ha recibido la pequeña hoja volante a la salida de la estación del metro, relee y vuelve a mirar una vez y otra el pedazo de papel que tiene entre sus manos. Su gesto es de perplejidad y siente que los dedos le tiemblan mientras una substancia viscosa parecida al sudor le hace sentirse pegajoso. ¿Será verdad que el profesor Walter las puede de todas, todas? ¿Será posible que el poder de la mente consiga lo que el sano juicio y la lógica más elemental consideran irrealizable? ¿De veras puede regresar el amor perdido para que se quede hasta siempre revoloteando entre nosotros? Ah, caray.



En la calle la gente pasa presurosa y ni siquiera se sabe a dónde va. Los autos ruedan pesados con sus motores encabritados y sus cláxones estridentes. El aire pesado que se respira indica que todavía no escapa hacia arriba la gruesa capa de contaminantes y que las estaciones de monitoreo instaladas para juzgar la calidad del aire nada más se hacen bolas.

Todavía con el papelito apretujado entre los dedos de su mano derecha, el señor flaco y chaparrito camina como si hubiera alcanzado el Nirvana. Encomienda su alma al profesor Walter.

El futuro marcado

Hay que contar con la brutalidad. Y con el futuro marcado para muchos. En la ciudad enorme que habitamos estas cosas pasan.

No, ni siquiera se sabe su nombre y su edad no llega a los doce años. Ella vende paquetes de libros del programa nombrado *Con la frente en alto*.

Llega a las tabernas, a los cafés de chinos, a los restoranes pobretones a ofrecer su mercancía. Camina así las calles del Centro hasta pasadas las diez de la noche. Por la forma de caminar se diría que más bien arrastra los pies.

Pero es que su día empieza temprano. A eso de las nueve y media de la mañana ya se le ve trajinar, nada más que en compañía de una niñita que pudiera ser su hermana menor. Las ropas luidas, aunque no sucias, su pelo descuidado y sus tobilleras.

Pero en su rostro moreno hay como una tensión permanente. Sus ojos negros son como de un brillo apagado y duro, metálico. Sus facciones son bellas, como las del indígena ya urbanizado por varias generaciones. Su cuerpecito, posiblemente para su desgracia, es duro y elástico, sensual.



Esta circunstancia le acarrea problemas con los clientes del sexo masculino. Hay muchos que son así sin remedio. Cuando ella apareció por el rumbo, hará unos ocho o diez meses, se asomaba a los establecimientos, susurraba su oferta, presentaba los libros. Y ante la indiferencia de la mayoría de los parroquianos ella casi suplicaba: cómpreme los libros, ándele, ¿no ve que no he vendido nada? Al decirlo parecía que alguna lágrima se escapaba de sus ojos, que la pena que sentía era en verdad infinita, imposible de decir por otros medios que no fueran su boca apenas entreabierta, sus ojos entristecidos para siempre.

Cierto, algún cliente sacaba algunas monedas de su bolsillo y se las entregaba a cambio de ningún libro. Toma hija, ándale chamaca. Otros la miraban con la maldita lascivia, con la insinuación, con la propuesta. Y ella enmudecía sin dejar de mirar fijamente. Como con la rabia guardada, como con un odio recóndito.

Ahora ya no. En estos pocos meses su figura ha crecido notablemente, aunque todavía sea la niña que no dejaron ser. Ahora responde retadora, si la agreden insulta también. Su mirada ya es de odio abierto. ¿Cómo puede olvidar que la violaron entre varios muchachos, que nadie hizo nunca nada por ella?

La sed también es para usted

Allá en la fuente había un chorruto, se hacía grandote, se hacía chiquito. Estaba de mal humor, pobre chorruto tenía calor. Ahí va la hormiga con su paraguas y recogió las enaguas, porque el chorruto la salpicó y sus chapitas le despintó...

En una colonia desdichada, como hay tantas en esta ciudad ya casi sin nombre, un ciudadano pela los ojos y voltea para todos lados. Ha llegado a la toma de agua armado con dos tremendos botes. Abre la llave igual que si esperara un



milagro y comprueba que el milagro tampoco esta vez se produce. Como un portento cargado de brutal ironía mira cómo escurre una triste, esmirriada gota de agua caliente, como a punto de evaporarse.

Su expresión es absurda, porque a pesar de la desgracia sonríe. Los calores han sido intensos para lo que se acostumbra en la ciudad. En los días anteriores sólo hubo conatos de lluvia. Y desde hace tres, apenas por unos minutos ha fluido el vital líquido en la toma del agua corriente. El bitoque, le llaman los vecinos.

Habrá que esperar de nueva cuenta a la pipa del agua, piensa. Y siente entonces un nudo en la garganta, aunque bien vistas las cosas no es sólo que haya que pagar por el agua. Es también, al mismo tiempo, que el sol ya va para arriba, que los dos panes del desayuno tuvo que deglutirlos con un refresco dulce, gaseoso y al tiempo.

Ya va de vuelta a su casa, y aunque están vacíos siente que le pesan más que nunca los dos botes que equilibra con un palo de escoba sobre sus hombros. Y no es que el sudor perle su frente, que recorra todo su cuerpo. Es que lleva días sin bañarse y la ropa húmeda se le pega a la piel, como si se hubiera revolcado en mermelada de zapote negro.

En el horizonte de la calle la tierra se ha cuarteado y el viente-cillo arrastra el polvo. Un pájaro diminuto se acurruca en la rama pelona del único árbol que se mira por ahí. De una tepachería en desastre escapa la música de la sinfonola: *Todo, todo está desierto, el pueblo está muerto de necesidad, ¡ay!, de necesidad.*

Diálogo sobre ruedas

La mañana es calurosa, qué duda cabe. La señora Susana se mueve como puede en el mar de tanta gente, al tiempo que



consulta la lista de su mandado. Al mercado sobre ruedas pareciera que le han quitado las ruedas, porque es como si siempre hubiera estado ahí: ocupa seis cuadras enteras y como que todavía le falta espacio.

— Usted dirá, señora Susana, pero para mí que ya no tiene chiste venir al mercado sobre ruedas. Todo está más caro. ¿O me va a dejar que le diga mentiras?

— Para nada Chabelita, para nada. Si precisamente de esas vengo. Va usted a creer, pero no me alcanza para nada. Llevo seis mil y pico de pesos gastados y todavía no completo la mitad de mi lista.

— Pues es lo que digo. Hay superoferta de huevo a mil 400 el kilo, pero dicen que no pueden bajarle porque luego qué venderían. ¿Va usted a creer? Ya sabe que por la temporada las gallinas se vuelven más ponedoras. Los productores dicen que van a tener que aumentar el precio por kilo, que porque ha bajado mucho la cantidad de gallinas ponedoras en términos globales.

La señora Susana busca una sombra y descansa la bolsa del mandado a medio llenar, cosa que aprovecha para sacarse un klínex de la manga y limpiarse el sudor que perla su frente.

— Ya ni la amuelan. Para mí que el famoso Pacto de Solidaridad les entra por un oído a los comerciantes y les sale por el otro. Si en estos meses se supone que las cosas apenas han subido de precio, ¿por qué aprovechan cualquier descuido para aumentarles los precios a sus productos? No ha subido la gasolina ni la luz ni el azúcar ni todo eso que llaman los insumos. **Tampoco** está el pretexto de que haya subido el dólar. ¿Cómo **ve**, Chabelita?

— **Ve**o los precios y se me arrugan las narices, señora Susana. **Pero** ahora ya andan gritando espantados porque empieza a circular libremente lo que antes era vil fayuca. Y tienen razón en



Las interpretaciones de los recuerdos personales y de los colectivos, construidas al paso del tiempo, son el material de la crónica que cada uno hacemos al llevar un diario, participar del mito o contar el sucedido. Porque resulta que cronistas somos todos y entonces nuestro primer derecho —¿o deber?— es participar en la construcción de esa memoria. El que goce sus nostalgias que arroje el primer relato ♦ Y eso hizo Manuel Blanco a lo largo de mil quinientos noventa y seis días recontándonos sus memorias en la *Ciudad en el alba* que publicó entre 1984 y 1989 en *El Nacional*. Pero también construyéndola paso a paso al tratar el hecho del momento y preocupándose por el futuro de esta megalópolis que odia y ama profundamente ♦ El presente volumen incluye una selección de ciudades en el alba, tantas como lectores y lecturas puedan tener. Selección caprichosa —como todas— pretende reflejar con apenas algo más de la décima parte la riqueza del mundo que nos platica Manuel Blanco. Allí está el lenguaje, las canciones, los personajes, la cocina, los oficios, la nota roja casera, los muertitos, nuestras tradiciones, los gustos, el temblor ♦ El lector tiene en sus manos un capítulo de esa otra realidad para que le haga las correcciones, adiciones y tachoneados que quiera. Sólo nos resta invitarlo a pasar a lo barrido en este danzón dedicado a la gran ciudad que nos acompaña. (Salvador Ávila Beltrán)

